

Ya poca gente lee, y mi actitud es de serena resignación. Lucho con mis nietos para que se habitúen

Julio C. Da Rosa: cuando niño en el campo, era casi bicho. Vivía criando

reportaje de César di Candia

Es un auténtico sobreviviente. Lo tiene claro y no le escurre el bulto al calificativo. Sobreviviente de un género literario como la narrativa campesina que supo de momentos de gloria y hoy se bate calladamente en retirada. Sobreviviente de un mundo que se educó en el placer de leer y hoy se deseducó en el placer de mirar. Tiene setenta años y rodeado de libros y nietos aparenta haberse dejado ganar la partida por la falta de estímulos pero siempre está pronto para vencer al desánimo y reanudar la novela que completará su obra a la que ya ha denominado —porfiado constructor de su propia vida— "Punto Final".

Cuando cumplió seis años y era un gurisito arisco de pata en el suelo que solía acompañar a su padre en las faenas camperas allá por las Sierras del Yerbal, recibió el regalo más inolvidable de su vida: un caballo. Montado en él empezó a recorrer a diario la legua que lo separaba de la escuela rural. Y allí se habría destacado de no haberse interpuesto una insuperable falta de capacidad para las tareas de redacción Treinta y dos cumpleaños más tarde sorprendería al mundillo intelectual capitalino con su primer libro de cuentos: "Cuesta arriba".

Convertido hoy en uno de los pocos escritores vivos realmente importantes de la literatura nacional, digiere sus recuerdos y sus decepciones con silenciosa serenidad. Como el hombre que siempre fue, como el sobreviviente que es.

—Don Julio: no sé si usted tiene conciencia que es uno de los escritores sobrevivientes más importantes del Uruguay de hoy.

—Bueno... sobreviviente, sí. Lo otro lo dice usted. Soy apenas un escritor que ha cumplido con su vocación. Es cierto también que me ha tocado sobrevivir y que muchos de mis compañeros de ruta se han quedado por el camino: desde Morosoli a Bordoli, desde Arregui a Liber Falco pasando por don Pepe Monegal y por Paco Espínola

y por don Serafín García y por tantos otros.

—Usted fue parte de la generación del 45.

—Eso dicen los críticos y fui la oveja negra del grupo porque ellos integraban una generación muy exigente, muy erudita, muy docta...

—Eran la "generación crítica" y así llamó Angel Rama a su libro.

—Sí señor, y la mayoría tenían una actitud severamente impugnadora. Yo en cambio era nada más que un campesino que se había puesto a escribir y lo hacía en un lenguaje totalmente distinto a como lo hacían mis compañeros de época. Pretendía ser auténtico, ser trasmisor directo de mi tierra, de mi gente y sus costumbres, de su forma de hablar.

—Y evidentemente lo fue. Pero me queda una duda: ¿qué opinaban de usted los compañeros de la generación del 45 que no se caracterizaban precisamente por su indulgencia?

—Siempre me trataron muy bien. Empezando por Emir Rodríguez Monegal, que escribió la nota más elogiosa que yo haya leído sobre mi novela "Juan de los Desamparados", y siguiendo por Benedetto, que siempre me elogió en su columna crítica de "Marcha", o Angel Rama que era terrible por sus exigencias literarias y que conmigo fue muy benévolo. Claro que ellos señalaban mis limitaciones o por lo menos lo que ellos entendían por mis limitaciones: el regionalismo, el lenguaje dialectal que yo utilizaba.

—¿Y esas eran limitaciones o era la consecuencia de un juicio intelectualizado de formas literarias que se apartaban de los cánones tradicionales?

—Yo los disculpo porque ellos tenían un punto de partida distinto. Ellos contraponían el regionalismo al universalismo y sigo pensando que estaban equivocados. ¿Cuántas obras regionalistas —el "Quijote" sin ir más lejos o "Cien años de soledad"— han superado el regionalismo para convertirse en obras universales? A mí esas críticas no me penetraron. Si empezara a escribir de nuevo,

haría exactamente lo mismo.

—Supongo que los universalistas de la "generación crítica" no aprobarían el Premio Nobel para Camilo José Cela y mucho menos su "Mazurka para dos muertos" que más regionalista no puede ser.

—Usted hace un rato me elogiaba esa novela y me va a obligar a salir corriendo a comprarla. A mí me interesa mucho esa supervivencia de la tierra en la literatura, del hombre afincado en su lugar, con sus costumbres y sus dialectos.

—Usted me dice "si empezara a escribir de nuevo" y esa forma condicionada me parece atroz. Es como si pensara que su camino ha terminado.

—El hecho es que estoy muy retraído. Pasé de moda y eso me ha tirado el ánimo un poco abajo. Veo que la nueva literatura está en otra cosa y eso me desestimula. Tengo una novela en preparación que culmina una trilogía donde intenté describir la trayectoria de los hombres de la tierra que tuvimos necesidad de atravesar el país para venirnos a Montevideo. Hice primero la novela "Mundo Chico" que se inserta mismo donde transcurrió mi niñez allá en las sierras del Yerbal. Es un libro denso que no sé lo recomiendo a mis amigos porque tiene cuatrocientos sesenta y ocho páginas. (se ríe) Luego quise dar la segunda etapa del recorrido, que se ubicó en la ciudad de Treinta y Tres donde hice el liceo. Pretendí relatar las costumbres de aquel pueblo-aldea. Esa novela se llama "Rumbo Sur". Y la etapa final de la trilogía tenía que desarrollarse aquí en Montevideo, con los mismos personajes. Este es el que está sin terminar. Se llama "Punto Final". Pero ya le digo, estoy trabajando muy poco últimamente.

■ Un niño medio salvaje

—Vamos a recordar todo aquello que usted en forma dispersa trató en "Mundo Chico". Primero, hableme de su infancia.

—Mi infancia fue totalmente campesina. Hasta los doce años viví siempre en el campo y solo fui dos veces en ese período a la ciudad de Treinta y Tres. Nací en las costas del arroyo "Porongos", en la casa de mis abuelos paternos. Allí estuve un tiempo hasta que mi familia se trasladó al "Rincón de Dávila" porque mi padre era agricultor y ganadero. Después fuimos a dar a un paraje llamado "Los Avestruces" donde estuvimos un par de años y más tarde nos afincamos definitivamente en las famosas "Sierras del Yerbal". Ahí fue donde mi padre se hizo propietario. Mi madre recibió una herencia bastante importante, él colaboró con lo suyo y llegamos a tener una buena estancia mediana, donde se hacía de todo: agricultura, quinta, chacra, ganadería. En esa estancia aprendí todas las tareas rurales: trenzar, alambicar, esquilarse, montar, enlazar campo afuera, fabricar yerba. Aquella era una inmensa zona de yerbales. Tanto es así que los arroyos se llamaban "Yerbal Grande", "Yerbalito" y "Yerbal Chico". Los tres tienen árboles de yerba en sus márgenes.

—De modo que usted era un niño medio salvaje.

—Casi bicho. Tenía ocho o diez años cuando recién escuché con asombro la primera radio que veía en mi vida y eso ocurrió en mi primer viaje a la ciudad de Treinta y Tres. Todavía había pocos aparatos y la gente se agolpaba en la puerta de las casas para compartir la audiencia. Y con la luz eléctrica me pasó lo mismo. El campo de mi padre estaba a sesenta kilómetros de la ciudad. El correo llegaba una vez por mes, si no estaban los arroyos crecidos. Diarios, ni de casualidad. Un viaje de casa al pueblo a pata de caballo nos llevaba todo un día. Nuestra incomunicación era total. Un caso de enfermedad grave se resolvía pidiéndole el coche prestado a algún vecino. Y si no había esa posibilidad, cada cual se las arreglaba como podía.

—¿Qué significa "como se podía"?

—Había curanderos que hacían tratamientos caseros. Yo me fracturé un pie y me lo "curaron" con salmuera y un entablillado casero. Así fue que me quedó (me muestra y se ríe). No había asistencia médica ni siquiera caminos para que alguien entendido viniera a dar una mano. Nosotros teníamos un vecino medio carpintero, que leía libros de medicina y aplicaba a su modo lo poco que aprendía. Cuando diagnosticaba lo que él llamaba "un síntoma cardíaco" (se ríe) siempre recetaba compresas con agua fría. Había leído no sé dónde que había un remedio bueno para los reumáticos llamado "Frisal" que consistía en un líquido que había que frotar sobre las partes doloridas. Un día un gurí de los alrededores se torció una rodilla y el viejo curandero le hizo tomar unos tragos de "Frisal" y casi lo envenenó. Hubo que llevarlo al pueblo de urgencia. Había otro vecino llamado don Felix María que también "curaba". Lo iban a buscar desde leguas y leguas como si fuera médico. Era completamente ignorante pero igual que el otro, había leído algún tratado médico y lo aplicaba de acuerdo a su criterio.

—No existían por sus pagos los curanderos tradicionales que tratan con rezos y vengeduras o remedios caseros.

—De esos no había por aquellos lados. ¡Si sería atrasado mi pagol (se ríe), porque hoy en día hay por todos lados. Incluso acá en Montevideo. Hay muchos médicos que solapadamente recomiendan a sus pacientes cuando no les dan con la tecla, que consulten a alguna curandera. Yo tengo una hermana que se curó de una culebrilla haciéndose "vencer" por una curandera luego que los médicos se declararon impotentes.

—Los propios médicos dan una explicación a ese hecho: dicen que la culebrilla tiene un ciclo y que generalmente el enfermo recurre a los curanderos cuando ha pasado cierto tiempo en atención médica y el ciclo está llegando a su fin.

—Es muy posible que eso sea así nomás. Ahora le voy a decir una cosa: siempre creí muy poco en las curanderas, aunque conozca casos como el que le conté de alguna cura medio milagrosa.

■ Los animales, la escuela rural

—En alguna medida usted es hijo de aquella soledad.

—Los niños del campo combaten su soledad por medio del contacto con los animales. Primero con los domésticos, el perro, la lechera, el caballo, el gato. Y luego metiéndose en el submundo de los animales silvestres. Nosotros criábamos bichos en casa. Yo me harté de criar zorritos con mamadera. Y contra lo que puede creerse, una vez que son grandes si usted no los hace enojarse, ellos no ponen en funcionamiento esas glándulas que les sirven de defensa. Incluso se les atrofian por la falta de uso. La mulita es igual. Usted las cría y son tan fieles como los perros, siguen a la gente a todos lados. También crié carpinchos y nutrias. Y no le digo nada del pajarero. Aunque de todos los animales que le nombré, el verdaderamente compañero es el caballo. Cuando el niño campesino aprende a andar a caballo ya es otra persona. Se hace dueño del ambiente que lo rodea, sale de cacería, se maneja con más libertad, va a la escuela montado, realiza las faenas del establecimiento, las tropeadas, las paradas de rodeo. Yo empecé a ir a la escuela a caballo. Cuando mis hermanos tuvieron más edad, le prendíamos un carrito. Así estuvimos años haciendo aquella legua que separaba nuestro campo de la escuela. Quedaba en lo alto de un cerro y era una construcción de piedra y zinc. Ibamos a eso de las nueve y regresábamos a las cuatro.

—Y almorzaban lo que podían.

—Siempre llevábamos una merienda de galleta dura y viandas que nos preparaban nuestras madres. A veces pan casero y otras veces chicharrones de chanchito que comíamos con pororó de maíz catete asado en el horno. En otras ocasiones le prendíamos cartucho al queso caseiro que se suele elaborar en todas las estancias.

—¿Con qué medios contaba la escuela rural?

—Aunque usted le parezca mentira, estaba bien dotada. Tenía una biblioteca de más de cien libros con los cuales hice mis primeras armas con la lectura. Había una colección llamada "Araluce"...

—...unos libritos chiquitos, encuadernados con biografías y episodios históricos.

—Esos mismos. ¿Usted también fue a aquella escuela? (se ríe) Además de biografías traían obras clásicas adaptadas para niños. Aquellos libros los prestaban a domicilio y yo me los devoré todos. Mi padre pese a ser un campesino salió de segundo año de escuela rural, era un hombre que vivía permanentemente leyendo. En casa había libros y se practicaba mucho el hábito de leer. Por supuesto que luego de concluidas las faenas diarias. Leíamos a la luz de unas velas de cebo y cera que fabricábamos nosotros mismos. Colgábamos unas pialas de un palo transversal que íbamos mojando en una tina que contenía el sebo y la cera calientes. Luego las sacábamos, esperábamos que aquello coagulara y las volvíamos a hundir hasta que iban adquiriendo cuerpo.

—Ni me cuente del olor que largarían.

—¿Y usted adonde vio velas perfumadas? (se ríe) En casa hacíamos de todo. Las faenas eran la matanza del chanchito eran una fiesta. Se hacían chorizos, morcillas, charque, jamón, queso de cerdo, encurtidos. Además teníamos una quinta grandísima y allí se producía la verdura de todo el año. Las otras fiestas eran las clásicas: la "yerra" y la "señalada". En una se marcan los animales y en la otra se agarran los corderitos y se los lleva a la mesa de suplicios donde se les corta la cola, se los castra y se los señala.

■ Los "contadores de cuentos"

—¿Cómo era la convivencia vecinal?

—Los vecinos que nos rodeaban eran de condición humilde. Muchos pobres de soledad, otros de los que se denominan "remediados". La vida social tenía lugar los domingos que eran los días de visita. Las señoras solían ir a pie o a caballo a visitar a sus amigas y tomaban mate dulce y proseaban mientras los gurises jugaban. El otro centro social aunque solamente para hombres era el boliche. Era un ámbito maravilloso donde se cantaba, se jugaba a la baraja o a las bochas, se bebía, se conversaba y fundamentalmente se contaban cuentos. Usted no se imagina qué contadores había entonces. Grandes mentirosos, pero con una inventiva preciosa. A veces hasta se hacían verdaderos torneos de mentirosos que contaban sus historias mientras los demás parroquianos los alentaban. Había un viejo llamado don Braulio Zerrón que tenía una capacidad creativa única. Todavía circulan por allá los cuentos de él.

—¿Se acuerda de alguno?

—Sí cómo no. Un día él estaba en las casas, miró para la chacra y andaban unas ovejas en el maizal. "Salté en ese mancarrón tostado que está ahí afuera"—contaba—"y allá me fui a buscarlas. Ellas habían juído para un monte de talas muy bravo. Bueno, las empujé como pude y cuando volví al rancho mi mujer me dice ¿qué te pasa en el ojo? Me pasó una mano y lo tenía vacío, lo había perdido. Allí volví al monte a buscarlo y fíjense lo que son las casualidades, lo encontré colgado de una ramita, pestañando el loco lo más pancho. Me lo coloqué y aquí estoy como nuevo". (se ríe) ¿Le cuento otro?

—¿Cómo no!

—Bueno. Este don Braulio tenía mentas de buen nadador y él contaba que en una vuelta había aparecido un negro que venía de los pagos del río Negro y conversación va conversación viene, se desafiaron a ver quién permanecía más tiempo abajo del agua. Nombro un padrino y apostaron un cordero ensillado. Se formó una verdadera reunión de espectadores. "Me tiré primero yo"—decía don Braulio—"y habré estado abajo del agua no menos de hora y media. Pero a aquel negro no había quien le ganara. Se zambulló en el arroyo, pasó una hora, pasaron dos, pasaron tres y ya empezamos a desconfiar que se

Fabricando yerba a mano

—¿Cómo era que ustedes fabricaban su propia yerba mate?

—Allá había muchos montes naturales de yerba mate y todo el vecindario hacía y consumía su propia yerba. Primero se desgajaba el árbol en ramas chicas. Luego se le sometía a lo que allá denominan "el sapeado". Se hacía una ramada con el gajerío y se armaba un fueguito abajo, cuidando que no se quemara. Así se iba sacando el jugo por medio del calor. Después se le daba una horneada para tostarla y secarla más. Y la última etapa era la molienda que en aquella época se hacía a mano y mediante morteros. Había vecinos que llegaban a hacer doscientos quilos de yerba que les alcanzaba para todo el año y para repartir con los amigos.

—¿Qué gusto tiene esa yerba?

—Es más fuerte que la que se compra envasada. Dicen los que saben que eso es debido a la condición montañesa del árbol. Cuando se cultiva, adquiere un mejor sabor. En las viejas Misiones Jesuíticas, los indios dos por tres se escapaban para el monte a buscar yerba y los padres optaron por cultivarla para no perder mano de obra. Cuando yo era diputado, llevé a las sierras del Yerbal a Wilson Ferreira que entonces era ministro de Ganadería y Agricultura con la esperanza de que apoyara un proyecto mío para incentivar el cultivo de la yerba mate. Pero parece que no quedó muy entusiasmado porque no le dio ninguna bolilla (se ríe).

a leer y a veces hasta les pago para que agarren algún libro

zorrillos y mulitas a mamadera que andaban por la casa, como perros

había ahugáu. No tuve más remedio que tirarme a buscarlo. Anduve no sé cuánto rato hasta que lo vi. Estaba sentáu en el fondo, de pata cruzada y dele fumar" (se ríe a carcajadas)

- De modo que los "Cuentitos Fogoneros" de don Serafín J. García o los "Cuentos del viejo Varela" de Wimpi o los de don Verdico de Julio César Castro o tantos otros, obedecen a una realidad común en el campo.

- Es así. Por eso todos se parecen. ¿Usted leyó "Veinte mentiras de verdad" de Obaldía? Ahí hay muchos cuentos que yo conocía por haberlos escuchado en el boliche de mi pago.

- ¿Cuándo termina su etapa de "casi bicho"?

- Cuando tuve que venirme al pueblo a estudiar. En aquella época las escuelas rurales llegaban solo hasta tercer año. De modo que repetí tercero tres veces; luego mi padre arregló con el mismo maestro para que me preparara para ingresar al liceo y así pude remediarlo. Llegué a Treinta y Tres a mediados de año y entré a la escuela para hacer aunque fuera unos meses de sexto. El día en que me presenté ante mis compañeritos fue la jarana general. Yo tenía un aspecto muy especial, con mis ropas fuera de moda y una pinta de arrancado verde que daba lástima. Ahí empezaron mis penurias porque las grandes heridas de mi vida han sido siempre los desarraigos, la pérdida de mi territorio, de mi querencia y el choque con la civilización. Era la tercera vez que venía al pueblo y hasta mi forma de hablar era diferente.

- De cualquier manera, perdería en el aspecto físico, pero en las redacciones se tomaría la revancha.

- ¡Ni eso! En esa época era lo más torpe para escribir. Cuando la maestra me mandaba alguna composición no podía hacer más de dos renglones. En los deberes domiciliarios me lucía porque las redacciones me las hacía una hermana. En el liceo ya las cosas mejoraron porque debido a todo lo que había leído, me empecé a destacar en Idioma Español y comenzaron a prestarme otros libros. Uno de los que me tragué fue "Moralidades Actuales" de Rafael Barret y a partir de ahí cuando tenía que hacer una composición, le metía alguna frase del libro. Un día el profesor me devolvió un trabajo en cuyo pie lucían grandotas unas iniciales RB. Le pregunté por qué me había puesto solo regular bueno y él me contestó: "Ni siquiera eso: le puse Rafael Barret". (se ríe)

- Volviendo un poquito para atrás. ¿Usted alguna vez fue testigo de un velorio infantil como el que describe Paco Espínola en su cuento "Velorio de Angellito"?

- No. Nunca hubo ninguno así en mi zona. En "Isla Patrulla" también don Pedro Leandro Ipuche describe uno parecido, con fiesta. Pero nosotros nunca supimos que existieran. De pronto, mucho tiempo atrás se realizaban pero en aquel tiempo en los años veinte, no. Eran muy particulares sí los velorios comunes, que constituían todo un ceremonial, con la posesión del sentimiento de muerte que

tenía la gente, con la transmisión exagerada de las dolencias, con el desfile de los niños a los que obligaban a besar a los difuntos en el cajón, con las guardias que se van renovando, con el acompañamiento a pie hasta el cementerio que a veces quedaba a mucha distancia.

■ La amistad con Paco Espínola

- Volvamos a su reacomodamiento a la civilización.

- Fue lenta y me costó. Yo estuve cinco años en el liceo. Perdí uno a causa de una difteria muy brava porque de las inyecciones que me dieron me sobrevino una parálisis. Recuerdo de aquel tiempo como uno de los deslumbramientos más intensos, mi primer contacto con el cine. Nunca me olvidaré de las primeras películas de Gardel que llegaron al pueblo allá por el año 36. El impacto de Gardel en mí como cantor y como persona fue muy grande. Tanto que cuando vine a Montevideo tuve un gran conflicto. Veía que para ser culto había que saber de música clásica y yo venía solo con Gardel y Canaro. Hice fuerza por culturizarme, compré discos, escuché conciertos y enseguida empezaron a gustarme los románticos: Beethoven, Schumann, Cháikovsky. Pero el asunto era cómo compatibilizar las dos vertientes. Un día se lo conté a Paco Espínola de quien ya era amigo y él me contestó: "Yo te entiendo porque a mí me gustan Stravinsky y Amalia de la Vega". (se ríe)

- ¿Cómo fue su amistad con Paco?

- Muy estrecha, muy cálida. Yo lo busqué cuando llegué a Montevideo y empecé a escribir. Paco me estimuló mucho. Incluso seguí sus cursos de composición literaria en Facultad de Humanidades. Era un hombre encantador, de una capacidad narrativa oral como seguramente no habrá otra igual. Hacía el mismo cuento varias veces y siempre en forma diferente, con ocurrencias nuevas. Era un gran amigo, pitador como nadie, y un señor crítico literario autodidacta. Daba placer oírlo hablar de Homero o de Cervantes. Venía a casa y se hacía día escuchándolo contar historias. Era músico también, algo que pocos conocen. Tocaba el violín y sabía mucho. Un día se nos fue por un enfisema que se agarró a causa del cigarro.

- Un enfisema del que usted se salvó en el anca de un piojo.

- Es verdad, pero yo dejé de fumar a tiempo. A él le costó mucho abandonar el cigarrillo.

- No sé si usted coincide conmigo, pero algunos cuentos de Paco seguramente están a la par de la mejor narrativa de la lengua castellana.

- No tenga dudas. Pero agréguele a Morosoli que fue otro grande de la literatura americana a quien poco se le conoce. Hoy que se habla tanto de Rulfo...

- Me paro. Pero en esas características nosotros tuvimos antes a Morosoli. Yo a Rulfo lo admiro mucho como cuentista, pero no como novelista. Y tanto Paco como Morosoli son brillantes en los dos aspectos. Pero el asunto es que hoy no se leen, han pasado

de moda. Tal vez dentro de veinte años, la gente vuelva a ellos.

- No pasaron de moda ellos, sino la lectura en general.

- Eso también es cierto. No se imagina lo que es mi lucha con mis nietos para que lean. A veces hasta les pago, pregúnteles, (se ríe) La televisión los ha sacado del trillo de la lectura.

■ La formación del escritor

- Hábleme de su vida en Montevideo.

- Estudié un par de años en Facultad de Derecho y puedo afirmarle que me gustaba. A los veinte y pico me empleé y entre el trabajo, la literatura, el casamiento y la lucha por la vida fui abandonando la carrera. Empecé a escribir y a leer con intensidad. A mí me hizo mucho bien la barra de la revista "Asir".

- ¿Quiénes la integraban?

- Mingo Bordoli, Visca, Trillo Pays, Liber Falco, Guido Castillo, José P. Amaro, Andersen Banchero, Omar Moreira y tantos más que hicieron allí sus primeras armas.

- ¿Cómo fue su encuentro con Morosoli?

- Yo tenía varios cuentos hechos que no me satisfacían. Un día leí a Morosoli y sentí como que se me abría

una brecha. Rompí todo y empecé de nuevo. Cuando tuve tres o cuatro cuentos se los envié y me los devolvió con una carta extraordinariamente elogiosa. Por su mediación, me vinculé con "Asir" y con el auspicio de esta revista pude publicar mi primer libro.

- Lo demás ya es historia conocida.

- Luego de tres libros de cuentos, salió mi novela "Juan de los Desamparados" y luego seguí con esos libritos de literatura infantil que tienen tanto éxito. "Buscabichos" lleva dieciséis ediciones y es texto en escuelas y liceos. Después escribí "Mundo Chico" que quedó un poco aplastada por haber sido editada por la Comisión de Festejos del Sesquicentenario y que algún día se va a descubrir porque tiene sus méritos, sobre todo en su aspecto testimonial y documental.

- Le confieso que he leído todo Da Rosa pero nunca me animé a encararme con "Mundo Chico".

- Casi nadie se le ha animado. (se ríe a carcajadas)

- Además es una novela que nació tullida por haber sido impresa durante la dictadura.

- Yo la tenía escrita y sabía que ningún editor comercial iba a querer publicarla dada su extensión. Cuando Arturo

Sergio Visca que era entonces el Director de la Biblioteca Nacional me ofreció la oportunidad, no dudé.

- Poco antes hay un pasaje suyo por el Parlamento que usted realizó con pocas ganas, contrariando su verdadera vocación.

- A mí me gustaba y me gusta la política. Milité en el batllismo desde la adolescencia. Cuando un grupo de Treinta y Tres me propuso la diputación agarré viaje. Pero la verdad es que nunca me sentí cómodo. La vida agitada de un legislador, sin descanso, siempre alejado de la familia, permanentemente visitando su electorado no era para mí. Por suerte estuve solo tres años y me liberé.

- ¿No eran compatibles sus tareas de escritor con el quehacer parlamentario?

- En mi caso no, pero depende de quien se trate. Mientras fui diputado no escribí una sola línea. Sin embargo hay gente que ha cumplido muy bien ambas funciones.

- Rodó...

- Pero también fue como yo, no anduvo mucho. (se ríe) Hubo otros: Javier de Viana, José Alonso y Trelles ("El Viejo Pancho"), Acevedo Díaz, José Pedro Bellán, Justino Zavala Muniz, Frugoni, Ovidio Fernández Ríos, Hierro Gambardella, Gorosito Tanco y muchos más que han

escrito aunque no regularmente ni con dedicación.

- ¿Volvería al Parlamento si se lo pidieran?

- Ni "boliado", como dicen en mi pueblo. Es una actividad linda, pero yo no tengo condiciones.

- ¿Podía convivir con la demagogia, con el amiguismo, con la compra de conciencias que era y es tan frecuente?

- Eso era fatal. Repugnaba, pero eran costumbres que se han ido superando. Nosotros tratábamos de no incurrir en esos vicios políticos que fueron desapareciendo con el andar del tiempo.

- Inició esta conversación preguntándole si tenía conciencia de su valor como escritor y quiere cerrarla inquiriéndole si tiene conciencia que al igual de lo que sucede con otros autores nacionales, sus libros están siendo relegados y olvidados por las nuevas generaciones.

- Tengo conciencia y mi actitud es de serena resignación. Me da mucha pena que la gente no lea, pero habrá que esperar hasta que aclare. Por ahora no escribo.

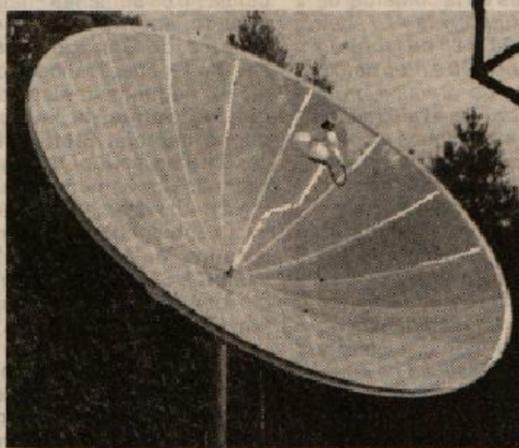
- Pero no tiene derecho a eso y está en deuda.

- Mejor estar debiendo y no pasarme el resto de la vida esperando que vuelvan a leerme. (se ríe a carcajadas)

Propuesta

Todas las antenas, tienen algo en común...

Los receptores Drake.



Sólo la antena PROPULSA ofrece la seguridad de su receptor DRAKE porque es el REPRESENTANTE OFICIAL para el RIO DE LA PLATA

PROPULSA

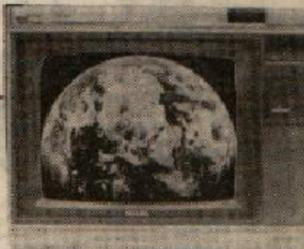
La antena Satelital Nº 1 en tecnología, la única que se adapta a nuestra latitud.

INVIERTA CON MUCHO ALCANCE...

INVIERTA EN

PROPULSA

Y sea dueño de su mundo... al instante



EN EL URUGUAY LA BUENA IMAGEN DE PROPULSA ESTA RESPALDADA POR LA BUENA IMAGEN DE



BR. ESPAÑA 2407 - TEL. 78 82 54